

Sauce

Periódico Bimestral

Precio del Ejemplar: \$ 0,30

Intuición y reflexión poéticas

Agosto-Septiembre 1945

Año I

Nº. 1

Director: Carlos Alberto Alvarez — Dirección y Administración: Monte Caseros 211, PARANÁ, E. R., Rca. Argentina

PROGRAMA

SAUCE se incorpora al núcleo de publicaciones literarias de la hora actual con el propósito de contribuir con su aporte — que el tiempo dirá si modesto o considerable — a la labor análoga registrada en el país.

Tratará de llenar, en primer término, una necesidad: Entre Ríos, comarca en donde ve la luz, no cuenta en la actualidad con periódico ni revista alguna en que se pueda reflejar la silenciosa pero importante tarea que un destacado conjunto de escritores realiza. Casi todos los escritores de provincia, salvo las naturales excepciones, tropiezan con igual inconveniente para difundir su trabajo, y el día que lo consiguen es generalmente aquél en que, renunciando a su provincianía, optan por engrosar las "amansadoras" de los grandes diarios y revistas metropolitanos. Al fin, absorbidos por el compromiso de la "carrera literaria" iniciada, se desvinculan física y espiritualmente de su medio y, mientras gestionan la nombradía, van sacrificando las posibilidades de su trascendencia expresiva que siempre es más auténtica cuando está vivificada por los hábitos nutricios de la realidad.

No será SAUCE, empero, el portaestandarte de una pugna más entre las provincias y la Capital, como podría, maliciosamente, deducirse de las precedentes afirmaciones. Por el contrario, tratará de constituirse en un verdadero y eficaz vehículo de vinculación, sin que ello implique, en ningún caso, una renuncia al derecho de señalar lo que considere inauténtico o intrascendente.

No tomará banderas vacantes, ni se agenciará de manoseados escudos para definirse: su definición será más bien la resultante

del grado a que llegue en cuanto a la exigencia de calidad a sus colaboradores.

No asumirá la defensa de ninguna de esas peregrinas "generaciones" que suelen aparecer — malones esporádicos — en nuestras letras.

Se concretará a presentar las muestras de lo que valga y a fomentar, en nuestros poetas, el hábito de la reflexión, — crítica y autocrítica —, tan menoscubiado.

Exhumará páginas y autores dignos de ser releídos, como un modo de confluencia a sus propósitos.

Seguirá con atención el movimiento bibliográfico del país y registrará en su respectiva sección la aparición de aquellos libros que, en pro o en contra, se adecuen a la finalidad crítica de sus columnas.

En este número: **LIRISMO y FACILIDAD**, por Carlos Mastrorardi. — **LA POESÍA COMO DESVELO**, por Juan L. Ortiz. — **ANTOLOGÍA**: Alfonso Reyes, poeta. — **A UNA PALMA, ELOGIO DE LOS SAUCES, y NOCTURNO DEL NIÑO EN BRAZOS**, por Reynaldo Ros — **POEMAS** de Carlos María Onetti, Ana María Chouhy Aguirre, José Eduardo Seri y León Benarós. — **PÁGINA ETERNA**: Quevedo. — **NOTAS—COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS**, por Juan L. Ortiz, Marcelino M. Román, José Eduardo Seri y Carlos Alberto Alvarez.



Viñeta de M. A. López Etcheverh

La camaradería, frecuente entre poetas, no será (no debe ser) un impedimento para señalar los desvíos y aún el malogro de sus obras: SAUCE, imbuido de tal conducta, no enajenará al afecto personal la facultad de la justicia en sus opiniones, responsabilizadas, en cada caso, por la firma del que las formule.

Bregará, desde su modesta órbita, por una creciente valoración de las tareas intelectuales y acompañará toda tentativa encaminada a hacer más digna y específica la profesión del escritor.

Con estas premisas, que el tiempo, la experiencia y las circunstancias permitirán deslindar con mayor nitidez, SAUCE se presenta al juicio honesto de los hombres de letras como un mensaje confidencial de afanes comunes, con la esperanza de llegar, algún día, a no ser un periódico literario más...

Página Eterna: Un Soneto de Quevedo

JORGE LUIS BORGES, penetrante y conceptual, refiriéndose al soneto que reproducimos ("El Idioma de los Argentinos"—Gleizer—1928), expresó:

"Es evidente que Don Francisco de Quevedo, al sentarse a escribirlo, no tuvo más que la artesana intención de manufacturar un soneto al modo italiano, con las hipérbolas ya reglamentarias del género, y que recién a las ocho líneas de petrarquizar, dió en especular y en sentir: riesgo que los entendidos repudian. Tales obreros de la versificación denunciarán también lo ripioso de los finales. Alma mía, agua fría, ley severa, ¡qué ociosidad para adjetivar! Nunca adolecieron de ella los cumplidores de sonetos sedicentes perfectos —José María de Heredia, Samain— que a trueque de evitar el ripio menor, consumaron casi siempre el total: el de catorce líneas, el de un entero soneto inútil y zángano."

AMADO ALONSO, lingüista sutil y crítico profundo, en "Sentimiento e Intuición en la Lírica" ("La Nación", 3/3/40), también se ocupó del inmortal soneto:

"¿QUE salto es ese en el sentimiento, que se observa al pasar de los cuartetos a los tercetos? ¿No se ha hecho de pronto incomparablemente más rico y a la vez más traslucido, más profundo y vehemente, más personalísimo y a la vez universal? Es imposible que el sentimiento del poeta tuviera ya desde el principio tan altísima calidad, pue ¿a qué disfrazarlo de pobreza en los cuartetos? El sentimiento se ha ido estructurando a medida que avanzaba el poema. Inicialmente, anterior al propósito de hacer el soneto, el sentimiento tenía una existencia puramente psicológica: sucedía. El propósito de creación poética supone siempre y desde su primer momento un desdoblamiento de la personalidad. El poeta vive sus sentimientos y a la vez los contempla."



Quevedo, por Salazar

"Es decir, estos ocho renglones preparativos son un com. pás de espera, un escucheme, un hacer tiempo casi de cual. quier modo mientras la atención del auditorio está organizándose. No los precisaba Quevedo y si incurrió en la haraganería de componerlos, la culpa fué de la costumbre deplorabilísima de imponer tamaño de soneto a toda emoción."

"Y ya en el primer terceto el sentimiento alcanza su máxima exaltación, tensión y pureza en esa alma, habitada de un Dios, en esas venas. canales de fuego (la imaginaria es aquí ricamente complicada: también hay alusión al agua que en la fragua alimenta y aviva las brasas), en esas médulas y tuétanos, ardiendo gloriosamente. Merced a la resonancia inextinguible de esa exaltación sentimental e imaginativa, ya puede en el segundo terceto dar cuenta cabida quiera al pensamiento racionalmente organizado, porque ahora la razón no es estorbo para el sentimiento sino su mejor expresión: el alma dejará su cuerpo, mas nunca ya su desazón amorosa, venas y tuétano se convertirán en ceniza (nueva complicación imaginativa: las simbólicas cenizas de la terminología religiosa, y las cenizas de aquel glorioso fuego del amar), pero esa ceniza ya nunca más podrá ser pura materia, ya para siempre vivirá el sentido de ser ceniza de aquel fuego."

ERRAR podrá mis ojos la postrera
sombra, que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso lisonjera;

mas no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía,
nadar sabe mi llama la agua fría
y perder el respeto a ley severa.

Alma, a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas, que humor a tanto fuego han dado,
médulas, que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado.

Francisco de Quevedo y Villegas

Para Libros
PEDRO DEMONTE

San Juan y Uruguay - Tel. 13403

P R A

FOTÓGRAFO

SAN MARTIN 290
— Teléfono 10873

LA seducción avasallante que sobre nuestros hombres de letras ejerce la poesía lírica, hoy atendida por innumerables adeptos, engendra cuantiosos y temibles regalos. Una heredada superstición moviliza a sus cultores locales, cuyo fervor dispendioso fatiga imprentas y abarrota librerías: consideran que el poema confesional se halla investido de una superioridad no compartida por ninguna de las restantes proyecciones imaginativas.

Innecesario es subrayar que ninguna teoría de los valores estéticos respalda esta d'vulgada creencia, tan extraña a las jerarquías propuestas por los tratadistas clásicos como apartada de los rumbos que siguen las más lozanas y recientes energías creadoras. Los autores clásicos nunca se avinieron a degradar la poesía dramática. Tampoco la épica salió menoscabada de las reflexiones que condensaron en sus libros. Ahora bien, si la "modernidad" puede ser decisiva en este orden de preferencias, cabe observar que la novela fluye con más juventud y poder radiante que la poesía lírica. El género narrativo, en sus formas actuales, sólo ha cumplido un siglo.

Conforme al prejuicio vigente, los impulsos cordiales y los movimientos del ánimo son los supremos objetivos del hombre de letras. Sólo alcanza estos codiciados fines el poema que nos comunica una ternura otoñal, un valioso temblor, un desmayo selecto. Lo importante, se-

CARLOS Mastronardi es uno de los poetas de mayor significación en el país. Lúcido y riguroso, su itinerario lo muestra como una adelantada excepción dentro de la habitual facundia de nuestra grey literaria, tan pródiga en publicidad como económica en trascendencia.

Se deben a su cautelosa y sabia pluma páginas grávidas de perduración. Entre ellas, "Luz de Provincia", enjundioso poema que ya recoge los honores de la epigonía.



De los poetas que alentaron en nuestro país el movimiento "ultrista", pocos han sobrevivido a la entusiasta tensión creadora de aquellos días. Mastronardi se cuenta entre esos pocos.

Afecto a la reflexión y el estudio, ha desechado todo lo que oliera a superfluo o existista, para consagrarse a una labor sin otro apremio que la legitimidad.

Dotado de certera agudeza para la crítica, que su conducta literaria hace fehaciente y ejemplar, toda vez que ha abordado tal disciplina lo ha hecho con palabra nítida e intención fecunda.

Nuestro comprovinciano, atento a los propósitos de SAUCE, ha querido asociarse a nuestra empresa espiritual con "Lirismo y facilidad" página copiosa de precisiones y digna de serena y prolongada meditación. La perfecta penetración de Carlos Mastronardi con nuestros anhelos nos estimula y honra.

Lirismo y Facilidad

por CARLOS MASTRONARDI

gún puede verse, es potenciar un desvanecimiento y reducir a poesía un estado de alma. Las deducciones no son costosas: se tiende a canonizar las dádivas de una sensibilidad desligada, cambiante y destituida de coherencia. Tan azarientos regalos no bastan a traducir una definida concepción del mundo y, puesto que no responden a norma alguna, carecen de aquella objetividad que es condición inseparable del arte. Así fecundada y ejercida, claro está que nuestra lírica puede multiplicar sus criaturas de modo incitante y pavoroso.

La mayoría de sus fieles jura que no existe forma poética más digna y prestigiosa. En particular, los jóvenes le consagran una devoción no siempre recompensada. Los estímulos de esa incarsable fidelidad no reclaman exploración alguna, puesto que son evidentes. Enumeremos los más notorios:

1º—El mito de la facilidad obscena.—La poesía lírica, para muchos de sus cultores locales, excluye todo plan y no supone sacrificio alguno. Permite seguir la línea del menor esfuerzo: todo consiste en "dejarse llevar."

En cambio, la narrativa, la crítica, el ensayismo (casi baldíos entre nosotros) exigen tareas preparatorias y desarrollos orgánicos.

2º—El prejuicio jerárquico.—A la ya enunciada carencia de normas viene a sumarse otro motivo de seducción que gana voluntades para la poesía lírica: el mito de su incomparable jerarquía. El poema lírico—suele afirmarse—no reclama fervientes indagaciones, penuriosos tanteos y obstinadas esperas. Esa facilidad activa, cuyos frutos son accesibles y de todos, es notoriamente ventajosa, puesto que demanda una tensión mínima y concede un máximo de prestigio. Permite—el lenguaje comercial es inevitable—adquirir una aureola a bajo precio.

3º—El prejuicio místico de la gracia.—Para sortear obstáculos y declinar problemas, el poeta invoca ciertos atributos sobrenaturales que lo eximen de todo esfuerzo realmente apreciable. Nim-

bado y como escondido en el esplendor de su propia leyenda, disimula el escaso rigor de sus construcciones y la simplicidad impúdica de sus tareas. Sus leyes no son las humanas. Puede resistir, ostentadamente, toda invitación a la coherencia y el método.

4º—Razones de orden material y concreto militan en favor de esa abundancia, de esa leporina multiplicación poética. Como nuestro arquetipo lírico no erige vastas arquitecturas, sino que anota sus instantáneas emociones, puede llegar al público en diminutas *plaquettes*. El trabajo del prosista, por lo general, es más prolongado y más intenso. El verso consiente una mayor celeridad: dos pliegos bastan...

La sobreestimación de las potencias sentimentales es otro factor concurrente. No hemos enumerado este preconcepto porque se halla implícito en la superstición jerárquica. Por lo demás, ya señalamos la fuerte atracción que ejercen los impulsos cordiales: un estremecimiento vale más que una idea, el más trivial de los sonetos, si confiesa una perturbación del ánimo, reduce y desmorona a Samuel Johnson, a Saint-Beuve, a Groussac y otros gélidos prosadores.

Estimulado por su vanidad, ese poeta innumerable renuncia a toda labor y se limita a poner en juego sus presuntas, misteriosas riquezas. Con inmodestia ejemplar, admite que nació armado de todas las armas y desdeña los costosos hallazgos de la premeditación y del espíritu normativo. Su romanticismo urgente le permite rendir la Musa antes de haberla cortejado. La violación suplanta al consentimiento; ese delicioso y arduo consentimiento que para Giraudoux es la instancia más valiosa del amor.

La posición estética que dejamos enunciada revierte la corriente de nuestras letras al 1900 y, pese a la devoción de modernidad de quienes la sustentan, los muestra identificados con los muchos Fernández y Espiro de aquel entonces. Nos referimos a nuestro 1900, porque es sabido que en otras zonas del mundo poético ya había ocurrido el episodio Mallarmé,—largo anhelo sin renun-

ciamientos—y también la peripecia Whitman, cuyo mensaje, depurado a través de muchas versiones, es trasunto de sus hondas y generosas batallas.

Cuando no hay problemática ni fervor ennoblecido por la espera, todo se resuelve en acción, en intensidad aplicada, en rendimiento. Entonces, el ideal burgués de la producción en masa invade también el arte.

Nuestros premiosos líricos parten de la siguiente convicción: la autenticidad y pureza de un poema están en relación directa a la falta de escrúpulos de su autor. Se apoyan, también, en esta creencia: la reflexión es una herejía, enturbia la delicada corriente emocional e introduce elementos recibidos, exteriores, artificiosos. Se olvida que el poeta maneja palabras y que el idioma es cosa aprendida, vale decir, una convención y un artificio. Cierta literato porteño declaró alguna vez, con elocuente melancolía, que ningún libro podrá registrar con fidelidad las voces y los singulares movimientos de los irracionales. Como la mayoría de sus colegas, aspiraba a lo espontáneo y lo sincero. Maurice Ravel ha dicho que cuando uno se deja llevar de la espontaneidad, parlotea y no pasa de allí. Por otra parte, es innegable que más espontáneos y directamente expresivos de nuestros estados de ánimo son los sollozos, los balbuceos y los bostezos, pero con estos evasivos materiales no es dable intentar poesía.

La tendencia a resolver un poema en pocos minutos y un libro en pocas semanas, revela escaso fervor y maciza pobreza vocacional. La inquietud perfecta y el obstinado laboreo son las mejores pruebas de adhesión profunda a la poesía. Contra lo que pueda suponerse, en el descuido y la autocomplacencia no se hallan los más puros manantiales de aciertos.

Nada se quiere sacrificar, no hay verso que no pida la infinitud del tiempo; no hay página que merezca las honras secretas de la destrucción y el olvi-

do. Esta ausencia de responsabilidad se conjuga con una insondable ausencia de procedimientos. Quienes así proscriben la duda, aceptan con prontitud todos los regalos ocasionales y renuncian a poner en juego sus facultades selectivas. Puesto que todo les fué *dado*, creemos que su altiva negligencia es justificable.

Estos desganados se autorizan también de la subconsciencia. El vasto acervo de lo aprendido y mecánico—no lo más viviente del ser—perdura en ese depósito sombrío. Por otra parte, ya observó Thierry-Maulnier que no todo lo subconsciente es poético.

Abolidas las leyes melódicas y descartados los desarrollos argumentales, no queda más solución que adoptar el estilo divagatorio y proceder por acumulaciones. Entonces, cada verso trae una realidad y una atmósfera verbal distintas.

Tacaño de sus más arduas (y supuestas) riquezas, nuestro lírico arguye que es innecesario colaborar con el alma. Ello explica la abundancia de libros que no son malos, sino previsibles. Las más veces, alcanzan cierto nivel, pero sus milagros son accesibles y cotidianos. Ni gravitan sobre la evolución de la cultura ni trasuntan la intención de rebasar las formas hechas.

Conviene destacar que un equi-

voco dañoso pesa sobre el concepto de artesanía. Por lo general, se lo consubstancia con la busca de preciosas rimas y demás encantos exteriores. Hay una artesanía profunda que define las proyecciones más íntimas del poeta y que replantea todo el problema de la expresión. Sólo ella supera el mundo de las aproximaciones, elimina lo superfluo, somete los medios a los fines. Difiere notablemente de la "mera prolijidad, que es a la exactitud lo que la superstición a la religión verdadera". Solamente el fervor artesanal reúne y compromete todas las energías en una extrema tensión del ser. Esa operante inquietud suscita un desdén nada juicioso, y ya lamentable cuando quienes lo profesan luchan por la dignificación del buen obrero.

El usual Valéry, que nada tiene de conformista, puede ilustrar nuestra queja: "Amo a esos amantes de la poesía que veneran a la diosa con demasiada lucidez para dedicarle la desidia de su pensamiento y la flojedad de su razón". Es evidente que el autor de "Charmes", —lo subrayan sus críticos— no se deja envolver en el nimbo religioso que tejemos en torno a los poetas. Renuncia a endiosar la intuición ingenua, le asombra que nadie quiera *llegar hasta el fin* y no admite que se pueda fundar poesía sobre la gratuidad y el azar. Entre nosotros, el placer que deparan sus libros hizo que se olvidara su conducta.

Nos atrevemos a interrogar de este modo a nuestros poetas espasmódicos: ¿Cómo admirar la aventura sin riesgo, el prodigio hecho costumbre, la hazaña indolora?

No aspiramos a instituir ningún ascetismo estético; hemos adoptado un tono incisivo porque es misión de nosotros, los jóvenes, agitar a los espíritus adormecidos en la rutina y aquietados en viejos preconceptos. Quiera verse en esta página nuestro respetuoso amor a la poesía.

Carlos Mastronardi



LIBRERÍA

La Cultura

LIBROS
IMPRESIONES



Preston

SIGNO DE
CALIDAD

LONDRES - NUEVA YORK - Bs. AIRES

PARANÁ: SAN MARTIN esq. 25 DE MAYO

Teléfono 10736

La Poesía como Desvelo

una Actitud de la Sensibilidad Poética

por JUAN L. ORTIZ

En una oda escrita en 1819, antes de que los españoles recobraran su libertad, Shelley decía:

Ceñid, ceñid cada frente
con guirnaldas de violetas, de hiedra y de pino:
esconded ahora las manchas de sangre
bajo los colores que la dulce naturaleza ha hecho divinos:
verde fuerza, azul esperanza y eternidad.
Pero no permitáis al pensamiento deslizarse entre esas flores:
habéis sido ultrajados y esto exige recuerdo.

Nos parece que tal advertencia es siempre formulable no sólo a los pueblos que han sido heridos en su dignidad, no sólo a los pueblos ultrajados, sino también a la conciencia sensible de estos pueblos representada por poetas, no bien dicha conciencia se complazca demasiado en la dulzura de la vida, en la dulzura de la naturaleza, en la dulzura del paisaje.

Pero hemos dicho conciencia sensible y la conciencia es una y aún indivisible con lo que llamamos realidad. Queremos aludir a ciertas características de mayor finura y resonancia que se dan en algunas naturalezas o temperamentos que llamamos poéticos.

En verdad, para una auténtica sensibilidad poética nunca puede haber complacencia, siempre que demos al término autenticidad un sentido más hondo que el de la mera percepción de ciertas esencias o zonas inefables de las cosas y de las criaturas, el sentido de una relación unitaria, cada vez más sutil y cada vez más estremecido de amor.

Comprendida así y desde este ángulo, tal sensibilidad, que sería una tensión amorosa que abrazaría todo el ser, no podría, nos parece, detenerse con prolongada delectación en algunas formas o armonías o ritmos, aislándolos no ya sólo del flujo cósmico sino también de otras relaciones o influencias relativas a la presencia y al destino del hermano más inmediato: el hombre. Si una sensibilidad de este tipo no podría escapar a su responsabilidad respecto de vidas más humildes o lejanas o sordas, como que a ella le ha sido acordada más luz o más porción de eso que se llama espíritu, qué no oíríamos de los deberes para con la criatura de nuestra misma especie, dividida consigo misma, dividida con su hermana y dividida con el mundo?

Ella no podría permanecer mucho tiempo en ciertos instantes eternos o extáticos del paisaje exterior o íntimo, sin negar lo que constituye su índole más noble o su peculiar «elán» trascendente. Ella no podría sobre todo mirarse mucho tiempo en tales instantes sin desmedro de su esencia amorosa, infinitamente amorosa, ardiente y serenamente amorosa, angustiadamente amorosa a veces, con antenas que van desde la piedra hasta las es-

trellas.

Podría, por otro lado, hacerlo si a las puertas diamantinas de los éxtasis han de llamar los llantos y los desgarramientos de tanto ser como a su alrededor y en toda la extensión de la tierra se arrastra en el dolor inútil, en el horror y la muerte «ajenos»; de tanto ser como hay que alzar hasta su propia dignidad si no se quiere ya «sublimar el deseo de acción para crear» un mundo propio donde realizar la plenitud humana; si se quiere ser leal consigo misma insertándose en el proceso que dará formas concretas a su sueño milenario?

La advertencia, pues, no cabría en rigor para una sensibilidad de este género. Podría hacérsela a la que no llega a tal efusión o es propensa a ciertos replegamientos por los que no se alcanza en verdad el centro de relación y si se cortan o se pierden los hilos sostenedores, flotando en un vacío lleno de espejos con la sola propia imagen. No podría negarse que este narcisismo es fecundo muchas veces —y hay ejemplos ilustres en consecuencias estéticas, sobre todo si está bañado por una profunda emoción personal, como diría Eliot, y que aún

puede significar conquistas «positivas» en los abismos del espíritu, pero no podría negarse tampoco, desde el punto de vista de la poesía como «amor» que encuentra su propio ritmo» o lo busca indefinidamente igual que la misma vida, que está condenado también a girar sobre sí mismo, especialmente si encuentra demasiado goce en los duros del oficio, en la labor de una artesanía que termina por volverse dominante o exclusiva. No podría negarse que aparece como egoísta e indiferente, aunque pueda responder muchas veces a una noble actitud defensiva o ser signo de fuerzas más poderosas, que son las que habrían determinado su movimiento «evasivo» o su acentuación técnica. Es fácil estimar que en este último caso holgaría la advertencia. Pero ésta no se dirigiría a la conciencia poética que cae por demasiado tiempo en dulzuras adormecedoras? Es cierto que casi lo habíamos olvidado, si bien las complacencias a que aludimos tienen resultado parecido.

Buscaríamos, pues, otro tipo de sensibilidad o de poesía —nos hemos permitido ya identificarlas— al cual podríamos hacer sin ningún reparo la advertencia?

Ella sería la que se ha llamado «conformista», la típicamente burguesa, esta sí producto claro, aunque muy afinado, de una clase. Pero la burguesía desde hace algún tiempo no es del todo conformista. Está atacada de temores, de pavores, de «agonías», de «angustias», de un horror al vacío que sus talentos y genios más significativos han expresado y expresan con eficacia singular. Sin embargo, en la poesía en particular, hay algo o mucho que escapa a la dinámica social o histórica. Ello no obstante, en lugares donde lo que se ha llamado su cultura no ha sufrido mayores conmociones, la burguesía, o más bien, la clase media tímida y celosa de su pequeño bienestar, encuentra siempre una poesía que no se arriesga más allá de la dulzura de la vida, de la dulzura de la naturaleza, de la dulzura del paisaje, y de los estados psíquicos correspondientes, con algunos suspiros, por cierto, y algunas penas, que hacen de penumbras necesarias. Pero esta poesía cumple su destino y no seremos nosotros quienes habrán de representar el

CONSERVATORIO "WILLIAMS"

SUCURSAL No. 15 - PARANÁ

Director Fundador:

Profesor ALBERTO WILLIAMS

Clases de: Piano, Violín, Guitarra, Teoría. Solfeo,
Armonía, Declamación y Danzas Clásicas

Se preparan alumnos para el Conservatorio Nac. de Música y Arte Escénico

Directora:

Profesora María Barrera de Márquez
Egresada del Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico

25 de Mayo 56

Teléf. 10064

papel de agua —fiestas en su paraíso por otro lado bien concreto o traducido en las regulares y dulces seguridades conocidas...

Nos damos cuenta aquí de que es a la anterior sensibilidad y no a esta última a la que habrá que llamar la atención a veces, con la mayor deferencia amistosa y la mayor gentileza camaraderil, sobre la responsabilidad que le cabe a ella también respecto de la poesía como amor, como aventura en lo absoluto del amor, como empresa de amor que debe confiar sólo en sus poderes pero que debe también abrirse a las infinitas posibilidades del espíritu de la tierra y de los hombres, del espíritu del todo, que va creando eso sutil y magnético que a ella le toca nombrar y devolver porque ese es su destino más alto. Sobre todo cuando se complace demasiado en sí misma, en estados demasiado prolongados de un equilibrio estático, en acuerdos sin mayor tensión con los hombres y las cosas; sobre todo cuando parece haber roto o perdido los vínculos que la unen a todo, absolutamente a todo, absolutamente a todas las cosas de la tierra, ya que también es su deber: «imprimir esta tierra provisoria y caduca en nosotros, tan profunda, tan dolorosa, tan apasionadamente que su esencia resucite en nosotros «invisible»; ya que ella es una abeja de lo «invisible», como quería Rilke, pero una abeja que «recoge ardientemente la miel de lo visible para acumularla en la colmena de oro de lo invisible» sin ahogarse en la miel o perderse en su gusto. Sobre todo cuando olvida que la poesía es un sufrimiento, pero en modo principal un sufrimiento de amor. Sobre todo cuando olvida, en fin, a la poesía como desvelo, pero como desvelo ternísimo y herido que se ilumina a la vez de profecía.

Por lo demás, periódicamente, el drama del hombre termina por recordárselo, sin ninguna cortesía, es cierto.

Juan L. Ortiz

DOS POEMAS

JOSÉ EDUARDO SERI y LEON BENARÓS, autores de sendos sonetos que reproducimos en esta página, pertenecen a la última promoción literaria argentina.

El primero ha publicado «Mundo sin ti y sin pájaros» en 1944. Libro recibido por la crítica responsable con unánime aprobación, nos muestra al poeta en el instante mismo de su logro. Reside en Federación (E. R.), hermoso pueblo ribereño del Río Uruguay.

León Benarós, autor de «El Restro Inmarcesible», libro de poemas recientemente distinguido por uno de los premios municipales de Buenos Aires, es una voz capaz y promissora.

Los sonetos que de ambos publicamos los vinculamos a nuestra empresa desde su primer intento.

OTOÑO

AH, el dulce otoño, litoral, seguro!
Tú le sientes venir y cuando llega
sabes muy bien que a tu dolor se entrega
como a la rosa huérfana del muro.

Lluvia. Ceniza. Trebolar maduro.
Destino del arroz y la maciega.
Y en todo él tu corazón que ruega
por una edad sin llanto y sin futuro.

Las tardes blancas y las tardes lilas
suman -después- tus lágrimas tranquilas.
Y así tu blanda soledad subsiste.

Corazón fervoroso que desploma
su estremecida sangre de paloma:
¡muerte también para el otoño triste!

José Eduardo Seri



MUERTE

POR una muerte de charol y brea
te vas, en agria tarde ciudadana,
ubicuo de pasado y de mañana
tu corazón de nardo y azalea.

Llama de vidrio, esmerilada tea
¿qué lumbré te dará, qué pompa vana?
Te arrancarán de flor y de campana
horteras de cilindro y de librea.

Muerte desnuda sí te placaría,
con sol y verde que te dieran guerra,
y no muerte de felpa y cochería;

de paz cumplida y soledad guardada,
de tenderse a dormir sobre la tierra,
halcón herido, rosa deshojada.

León Benarós

Dr. ATANASIO EGUIGUREN
ABOGADO

Buenos Aires 129 Teléf. 10110

Dr. RAÚL L. URANGA
ABOGADO

Santa Fe 396 Teléf. 12421

Dr. JUAN NÉSTOR CAVALLO
ABOGADO

Santa Fe 84 Teléf. 13879

Dr. BENJAMÍN PIÑÓN
MARCOS ARIEL LESCANO
ABOGADOS

ENEDÍN LESCANO
PROCURADOR

Laprida 83 Tels. 11867 - 11869

Páginas de REYNALDO ROS

Nocturno del niño en brazos

Para Paquito Herrera

MIRE, pues, qué luna linda
Sale allá en el fin del dedo.
Dígale con su boquita:
Bero - bero - bero - bero . . .
Tras el río, sobre el álamo,
Ya la luna sube al cielo;
Ya la luna come tuna,
Ya se mira en un espejo.
Mire, pues, qué tuna linda
Que la luna está comiendo.
Dígale que lo convide,
No se ponga a hacer pucheros.
Cuando duerman frente al agua
La arboleda y los isleños;
Cuando esté la luna sola
En lo alto del silencio,
Volcará su luz lunera
A la flor del limonero
Y a la garra del bandido
Que los puentes va rompiendo.
Y al camino de la hormiga
Que, hoja al hombro, anda ligero,
De la punta de los mimbres
A la cueva entre los ceibos.
Con la luna de linterna,
Mil gatitos y mil perros,
Cazarán la rata diabla
Que se come el sauce tierno.
Ya el Paquito, Paqui, Paqui,
Se me cansa de este cuento;
Vaya en brazos de Mamita;
Duérmase sobre su pecho.
Ya el Paquito, Paqui, Paqui,
Su mirar baja del cielo
Y, a entornar esos ojazos,
Lo ayudamos con dos besos.

A una Palma

PALMA Pindó que entre tus hermanas luciste hacia lo alto, mientras las aguas del riacho recogían imágenes tan esbeltas sobre un primor de nubes reflejadas. Palma Pindó, princesa de las frondas, que te erguías alhajada con pájaros en tu penacho y tu collar de frutas: he elegido tu ástil para hacer mi vivienda. Y si corté horcones de árboles recios, los retoños a su tiempo nacerán de los troncos. Y ya, por cada planta derribada, de esta mano a la tierra pasaron cien semillas.

Soy el nativo que repuebla sobre las talas y cuyo descanso se ahonda y endulza y ahonda de oír los follajes en el aire, las aves, las abejas, las guitarras. Soy quien desconfía de los que no aman a los árboles; de los que no saben de sudores, los bárbaros de frente seca, que sólo sabrían idear desmontes desmedidos para adinerarse.

Palma Pindó, princesa entre las plantas, palma Pindó: descansando estoy, apoyado en el hacha parecida al menguante, mirándote a lo largo, sobre la humildad de la hierba. Como el crepúsculo en el

REYNALDO ROS es uno de los más delicados poetas de Entre Ríos. A pesar de no haber entregado todavía al libro su silenciosa pero honrada labor de poeta, Ros es estimado y admirado por cuantos han podido trabajar conocimiento de su obra. Vida y poesía se complementan bellamente en él, y si sus manos encallecen en las tareas del Vivero Experimental del Delta, donde trabaja, no es menos cierto que su desquite es alto y trascendente: una poesía genuina y depurada, ágil y graciosa brota de sus labios.

Ofrecemos hoy tres páginas suyas, que nos ha enviado con saludos de sus fraternos sauces y álamos.

agua, seré ante ti, en la orilla, con estos ojos apenados, con esta frente, con estos brazos sudorosos.

Palma Pindó, que me das tu ástil para hacer mi vivienda. Con tus folíolos machacados ataré injertos en los frutales. Y si por un momento te he quitado a los pájaros, pronto vendrán horneros al techo levantado. Vendrán jubilosamente, a edificar su nido y hacernos compañía.

Palma Pindó, princesa de las frondas; gracia del Reino Vegetal donde el espacio es parque y donde el tiempo es árbol. Entre pinares y alamedas, Palma Pindó, guardaré en tierra mullida el tesoro de tus collares. Cerca de los almácigos de fresno, roble, ciprés, nogal, casuarina, eucalipto, acacia. Junto al timbó, junto al ingá; entre las platabandas en que se esmera esta diestra de indio reforestador. Y, almácigos de tu estirpe, en un despertar bajo el rocío, levantarán sus pestañas de esmeralda hacia los cielos que tú amaste, Palma Pindó.

Elogio de los Sauces

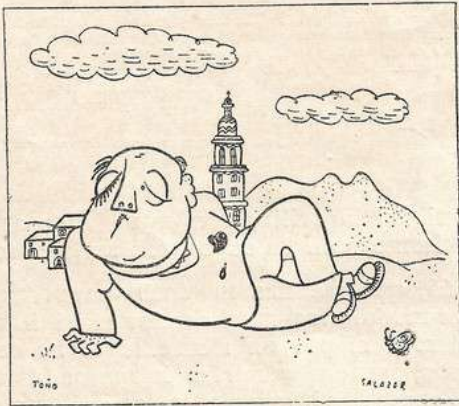
NO puede ser más que un susurro esta alabanza de los sauces, entre la multitud de plantas que cultivo en el Delta. En el Delta de los riachos tersos con orillas ensauzadas. Isla donde es la mar de sauce-álamos que oleen azulladamente con las hojas vueltas bajo el soplo del sudeste. Suestada elevadora de las aguas. Viento que silba en los sauzales nuevos, recién deshojados, entre mástiles verdes; varejones abundantes como las gotas de la lluvia.

Que nuestra esperanza se pose en los sauzales frente a la tristeza de los naranjos en las mañanas blancas de la escarcha. Y plantemos con gusto si añoramos la primavera en que los sauces saben con fineza dar a la brisa sus follajes y dar sus ramas a los pájaros.

Ya en los ratos dorados de soles y pólenes, la primavera y nosotros atestiguamos las bodas de las flores. Porque acercadas se quieren y se cruzan plantas sencillas y plantas arrogantes, machos y hembras, en sociedades vegetales. Y por contraste, merma la humanidad cuya razas y clases se aborrecen. Pero, hombres diversos y cordiales, si no de torres y murallas, aquí todo lo poblaron de árboles, de modo que ante un bosque, sus hogares se abren al sol y a la amistad. Mientras, entre los árboles de toda laya, aquí se adaptan y prosperan sauces europeos y criollos: sauces del Oriente y las Américas. Sauces híbridos, sauces mestizos, sauce-álamos del Delta. Leguas de sauces ordenadísimos como ejércitos por las manos sin armas y a fuer de multiplicados ya inmortales y más numerosos que los hombres del mundo.

REYNALDO ROS

Alfonso Reyes, poeta



Alfonso Reyes, visto por Toño Salazar

ALFONSO Reyes, de cuya infalibilidad como crítico y ensayista han dado probado testimonio multitud de insuperables libros, es un poeta de delicada urdimbre y claro sentido de la finalidad de su oficio.

Sus versos, afectos siempre a una amable —aunque compleja— labor verbal, son llegadores y admirables, muy especialmente, por la bien simulada densidad y por la honda coherencia que los vincula a la filosofía que anima la totalidad de su obra.

No es el caso del erudito que, a título de mero pasatiempo, borrona frívolamente cuartillas; por el contrario, su atenta y cordial lectura nos convence de que es el poeta Alfonso Reyes quien ha permitido, quien ha hecho posible al crítico Alfonso Reyes encontrar todas las deslumbrantes y certeras explicaciones de que está grávida toda su producción.

En carta a Miguel N. Lira, que hace de prólogo a su libro de poesías "Otra Voz", dice Reyes: "...a veces me asusto de que pueda llegar la hora de la cristalización. Entonces, para sentirme vivo, hago versos a contrapelo, fuera de mi estilo habitual y un poco al sabor de la conversación, a modo de estrucción contra la estética". Y en una posdata, que vale lo que toda la carta, aclara: "Inútil decir que no me dejo ir al azar, sino que —con más castigo del que confieso— voy siguiendo cierta ley de creación verbal exigente y dura". Nada nos resta que agregar.

En razón de no ser conocido Reyes como poeta, en la medida de lo necesario, creemos oportuno y justiciero reproducir su poema "A la memoria de Ricardo Güiraldes", publicado como prólogo a unos cuentos del escritor argentino, en edición Cuadernos del Plata, y otras poesías incluidas en el libro "Otra voz".



I

Silencio en el Campo

(Paradójica herencia del Caballero de la Triste Figura)

FINO abuelo tuvimos, como hecho de plata y marfil viejo. Aunque él nunca lo seguía, supo darnos un buen consejo. El era una fuente de palabras, un río rumoroso y ancho; pero alguna vez confesó: "Hijo, al buen callar llaman Sancho". Y el campesino de América sabe muy bien ya lo que quiere, porque heredó, entre otros refranes, lo de que el pez por su boca muere.

Y de allí nuestros "tapaos" de poco hablar y caras foscas, a todo evento ver y callar, y en boca cerrada no entran moscas. ¡Lástima que nuestros poetas se nos hayan vuelto facundos! ¡Aprendieran el "mucho en poco" de los campesinos errabundos! Hay cada amansador de potros que apenas dice: esta boca es mía, ¡y todo lo que promete, el "cabo de güeso" lo fía! Desde la tierra del zarape a la tierra del chiripá, nadie puede sospechar lo que este silencio dirá.

II

Don Segundo de la Pampa

(Sentido espiritual de esta Historia)

YA no lo sigue el escudero, siempre tan leal como la tierra: ahora lo ronda un muchacho que asaltó la vida en acción de guerra.

Frente alucinada en el cruce cardinal de cuatro distancias, el muchacho —a lomos de pingo— ventea el olor de las estancias.

Como cardo prendido al traje se lo había llevado su padrino, y con el lazo y las boleadoras lo fué haciendo mejor latino. Y aprendió a cebar la paciencia esperando que la pava hierva, y el antiguo comunismo agrario en la comunión del mate y la yerba.

¡Oh, sueño de los campos iguales, siempre acostados sobre el suelo!

¡Oh, camino que anda y no llega, a lo largo del desconsuelo! Hay que ser solidario: o perderse o seguir los rastros, bajo la constancia severa y nocturna de los astros.

Siempre el menor tras el mayor, a quien no conoce y casi nunca nombra.

Fantasma o promesa a caballo, con cuánta razón te llaman Sombra.

III

La tranquera

(Cifra de la tierra argentina)

SANTA parrilla de palo, cuadrícula breve; refugio apenas insinuado cuando pica el sol o cuando llueve.

Aquí se organiza el paisaje, y de aquí arrancan las medidas; único accidente geográfico, índice alerta entre las llanuras (dormidas).

La cita de amores y de riñas tiene que ser en este punto: sola huella de la mano, sola geometría en el conjunto; donde atar las cabalgaduras, donde apoyar el ensanche de (los ojos;

reja sin otra caricia que la bronca macolla de abrojos. Así, tan escueto como esta pobre tranquera;

tan entre dos infinitos que de cada lado se está afuera;
tan atado en lo suyo que el campo, sin él (sin ella) se me va
(en el viento,
así— árbol según el hombre, necesidad del pensamiento,
así— nudo de sus hilos, araña en la malla de su mundo,
como la tranquera en el campo, así veo yo a Don Segundo.

IV

Ricardo Sombra

(Envío)

¿LEGASTE cuando yo no estaba y yo vine cuando habías
(partido,
y nuestra alianza quedó encinta de todo lo que pudo
(haber sido.

Tal vez te recogieron, como en tu cuento al Trenzador,
arrugando con crispada mano la carta en que te dije adiós.
Hoy, tus ecos juntando, te alzo una estatua de reflejos,
y por la señal de tu planta te voy campeando desde lejos.
Cada uno me habla de ti con un elogio diferente:
puedo pensar que, sólo contigo, se me murió mucha gente.
Nunca se dió una amistad tan parecida a una idea:
tanto despojo me conforta: acaso es mejor que así sea.
Ya eres una fotografía, —y lo demás se desmorona.
¡Ojalá que tu alma tenga la esbeltez de tu persona!
Espérame: nos encontraremos en la posada vecina.
Aquí te dejo estas palabras en el regazo de tu Adelina.

Buenos Aires, Mayo de 1929.

Alfonso Reyes

SUFRIR

Haré de mi corazón
un baluarte, una muralla,
para que tú te guarezcas
y vivas como abrigada.

Haré cuenta que perdí
lo que la vida me daba,
y cerraré a tentaciones
mis puertas y mis ventanas.

Compraré la dicha tuya
con la dicha que me falta,
ataré mis fantasías,
aherrojare mis ansias.

Que yo no sé andar en cieno
ni vivir pisando entrañas,
y entre todas las tristezas
escojo la de mi casa.

No será la vez primera
que deshago mi esperanza
y dejo secarse en mí
su rosa vistosa y vana.

Al cabo eres la nodriza
de mi amor, desde la infancia.
Tanto has penado conmigo
que te han nacido las alas.

Buenos Aires, 1929

TEORÍA PROSAICA

EN mi tierra sancochaban
los cabritos en la estaca,
con otra estaca arrancando
el pellejo hecho carbón.
Pero en el campo argentino
lo hacen mejor:
con la costumbre judía
de que hablan los Tharaud,
el noble asado con cuero
se come junto al fogón.
en la misma res mordiendo,
cortando con el facón.
¡Hasta la gente del campo
nos da lección!
Alguna vez hay que andar
sin cuchillo y tenedor,
pegado a la humilde vida
como Diógenes al charco,
y como cualquier peón.

II

¡Y decir que los poetas,
aunque aflojan las sujetas
cuerdas de la preceptiva,
huyen de la historia viva,
de nada quieren hablar,
sino sólo frecuentar
la vaguedad pura!
Yo prefiero promiscuar
en literatura.

No todo ha de ser igual
al sistema decimal:
mido a veces con almud,
con vara o con cuarterón.
Guardo mejor la salud
alternando lo ramplón
con lo fino,
y junto en el alquitara
—como yo sé—
el romance paladino
del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y Mallarmé

III

Algo de ganga en el oro,
algo de tierra sorbida
con la savia vegetal;
la estatua medio metida
en la piedra original,
la voz, perdida entre el coro,
cera en la miel del panal,
y el habla vulgar fundida
con el metal
del habla más escogida,
—así entre cristiano y moro,—
hoy por hoy no cuadran mal
así va la vida,
y no lo deploro.

Río, 1931

Alfonso Reyes

APENAS...

A veces, hecho de nada,
sube un efluvio del suelo.
De repente, a la callada,
suspira de aroma el cedro.

Como somos la delgada
disolución de un secreto,
a poco que cede el alma
desborda la fuente un sueño.

¡Qué pobre cosa la vaga
razón cuando, en el silencio,
una como resolana
mé baja de tu recordol

Buenos Aires, 1927.

Alfonso Reyes

CONFERENCIAS

"PRIMERA PARTE DE NERUDA"

EN la última reunión de la Peña Estudiantil, integrada por alumnos del Instituto Nacional del Profesorado, el poeta Carlos Alberto Alvarez pronunció la conferencia cuyas consideraciones preliminares reproducimos:

No sin sacrificar en algo el sentido integral que todo poeta sumerge en su obra, he titulado a estas someras consideraciones: «Primera parte de Neruda», nombre meramente didáctico y no enteramente cronológico, adecuado para indicar el enfoque del Neruda inicial, del Neruda que canta, del Neruda que aún no había gustado los raros sabores del mundo y sólo conocía la acritud o el dulzor de su corazón frutal.

Mucha fama ha alcanzado este enorme poeta: fama de la buena y de la mala: la que nace del conocimiento y triunfo de su obra, y la que sólo se sostiene con las endeble columnas del éxito, del consenso público, que generalmente es ignorante y viarazudo, y va en sus gustos literarios por rachas así como viste o desviste según lo ordenen los pontifices de la elegancia.

Esto de las modas es cosa corriente y lamentable en poesía: hoy es de buen tono, se usa, queda bien, manifestarse angustiado metafísicamente y palpar la elegía incógnita del Hombre y sus esencias; ayer nomás, era palabra de orden agitarse, enlunarse y cultivar, cada cual, la ribereña infidelidad de una mujer casada; anteayer, bogaban laciamente, por los lagos unánimes de la poesía ambiente, los cisnes versallescos de Rubén.

Cuando pasa la moda, se guardan los atavíos en los arcones del más hermético destierro, porque hay que evitar que a uno se lo vea luciendo el poeta de la estación anterior....

Afortunadamente, el tiempo lava estas ingratitudes. Lo imperecedero no se menoscaba, así el más ominoso silencio lo trate de asfixiar. Y un día salen a la gloria definitiva aquellas páginas que otrora fueron prendas lucientes, joyas de temporada, «dernier cri» para los cazadores de novedades.

Darío, García Lorca, Neruda, entre tantos, serán eternos a pesar del éxito con que los han «consagrado» los diletantes y los simuladores.

Estas consideraciones prelimina-

res, aparentemente atópicas, son, sin embargo, imprescindibles para internarnos en Neruda, poeta de los más despojados de nuestro tiempo e idioma.

Miles de «promesas» poéticas han edificado sus precarias personalidades sobre los sólidos cimientos del poeta tramontano. Así se ven páginas infinitas e indiferenciadas, verdaderas asambleas de penumbras y fracturas, cuyo origen no es sino una indigestión de Neruda, masticación urgente que jamás debe preferirse al conocimiento rumiante y meditabundo, único que conduce a la cultura.

Y todo esto ha ocurrido sobre el «segundo Neruda» en razón de que éste, por ser un intérprete magnífico del modo de ser íntimo de una época, y poseedor —según el meduloso ensayo interpretativo de Amado Alonso— de una poesía y de una técnica desintegradora que se compadece a maravillas con el sentir de nuestro tiempo, ha logrado por todo ello, sin proponérselo, desde luego, fuerte imperio entre los poetas apatentes de novedades felices.

Yo siento, sin embargo, como cosa más factible de perennidad, lo que Neruda produjo antes de «Residencia en la tierra» y me apoyo para ello en la convicción de que siempre será más duradero aquello que implique una continuidad, más aún si ella no representa un mero enlace material y, como en este caso, está vivificada por un a'emán de depuración sobre lo anterior y una tensión e intensidad que traslada y futuriza su horizonte.

Me referiré, pues, a la obra del poeta trasandino que va desde «Crepusculario» (1919), hasta «Veinte poemas de amor y una canción desesperada» (1924), pasando por «El hondo entusiasta», volumen intermedio.

Resulta, pues, que según mi afirmación, Neruda produjo lo fundamental de su obra entre los 15 y 20 años de edad.

¿Por qué no pensar que haya sido él el elegido para dar la contribu-

ción americana a este vastísimo espíritu renovador que ha instalado su trono en el siglo?

Su poesía ha salvado los límites de su patria, se ha evadido del continente y hasta fugado de la misma lengua española. Vale decir, ya tiene ese toque de universalidad de las grandes obras.

No ha sido preocupación de Neruda la de perseguir esa diafanidad aséptica tan propia de ciertos instantes clásicos de la poesía: los elementos impuros del idioma aparecen flotando sobre el retorcido y tempestuoso mar de su poesía. Eso es su poesía: Mar, mar inmenso, mar doloroso, desolado mar, cementerio de velas y gaviotas, tumba de voces y constelaciones.

El mar para Neruda es una gran garganta llorando, quejándose, balanceando sus barcos como lágrimas. Su corazón, en vez de latidos rojos, sufre mareas de amor.

Es Pablo Neruda la briosa bandera del eterno romanticismo, que en América se resiste a desaparecer; no en vano ha sido ella, desde sus orígenes, tierra donde las utopías se ponen de hinojos y los eternos valores del hombre se abastillan y confían en medio del desastre.

Insistir en el error de considerar al romanticismo una mera modalidad literaria, es inadmisiblemente a la altura de nuestra experiencia. No fué la ocurrencia de una época ni un modo de desvivir, a pura penitencia sentimental, de las frágiles doncellas de un siglo atrás.

El romanticismo es una hermosa actitud humana, desenfrenada, férvida y generosa. Ello explica su presencia en todas las épocas y por qué muchas escuelas literarias han debido vigilarse para evitar su ingreso.

El gran mérito de Neruda fué el de aportar al sentimiento romántico una expresión madurada en la más exigente intimidad de su conciencia estética, el de resolver con una nueva ecuación el ensamblamiento de los factores eternos. Neruda es romántico y también es auténtico poeta.

No quiere decir esto que no lo hayan sido aquellos que sinceramente resistieron su tormenta de lágrimas al amparo de la amplia bandera que el siglo pasado acarició. Pero aconteció que a muchos sucesores aquello se les ocurrió propaganda de quejas. Y se dió el caso de honestos ciudadanos con hogar constituido, que diluvieron un dolor ya retórico, quejándose como donceles en la creencia de ser cubiertos por el verdadero pavés.

Casa CALIERNO

LIBRERIA
CIGARRERIA
LOTERIA

25 de Mayo 99

Teléfono 11995

LIBRERÍA RADÍO

Útiles Escolares - Impresiones

San Martín 261

Teléfono 10504

Dr. ENRIQUE A. ALTAVISTA
Otorinolaringólogo

9 de Julio 78

Teléf. 12632

Dr. ALEJANDRO V. LONDERO
Cirujano Dentista

Cervantes 12

Teléf. 10323

Dr. MOISÉS D. BEZCHINSKY
MÉDICO

25 de Junio 83

Teléf. 13760

CARLOS MARÍA ONETTI

A un lustro de su muerte

No podíamos, cuando este periódico viera la luz, dejar de estampar nuestro recuerdo de Carlos María Onetti, de cuya muerte se cumplirá en estos días el quinto aniversario.

El nombre de Onetti está vinculado a cuanta labor sería registra nuestro pasado inmediato, en Paraná. Su personalidad de rasgos definidos se volcó enteramente en sus sabias cátedras del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de esta ciudad y de la antigua Facultad de Ciencias de la Educación, donde su palabra y su acción fueron siempre la nota sutil y aleccionante.

A su influjo despertaron muchas vocaciones que sólo esperaban el toque mágico de un estímulo, y se afianzaron y depuraron otras que endeblemente pujaban por sobrevivir en el enrarecimiento de nuestra lacia atmósfera provinciana.

Maestro inigualable por su versación, dignidad y agilidad docente, sembró su sabiduría en la atención de diversas materias: Lingüística, Literatura Castellana, Francesa, y Argentina y Americana.

Los escritores de Paraná, muchos de los cuales han llegado a adquirir merecida notoriedad y consideración, olvidaron las vallas que suelen constituir las diferencias de edad y de formación cultural, y, asesorados y estimulados por la amistad vigilante de Carlos María Onetti, impulsaron acciones y obras que, en cierto momento, autorizaron a alguien a registrar el nacimiento de una «generación del Paraná».

Ninguno de aquellos escritores se ha perdido, si bien el grupo que los cohesionaba sufrió una violenta conmoción a la muerte de Onetti. Los años que sucedieron a ella han sido de prueba, por ése y por otros motivos, no obstante lo cual subsisten los lazos amistosos y la dignidad preside las labores individuales de cada uno de los aludidos intelectuales.

Es que, tácitamente, una concordia y simpatía los une: la memoria de aquél que tanto hizo por la cultura y que, desde la muerte, sigue dictando su lección.

Con verdadera satisfacción podemos publicar en este número de SAUCE, una poesía inédita de Onetti, que lo muestra seguro de su arte y lleno de destino:



SONETO

PORQUE estás hecha de melancolía
te quiero más, oh! novia quietecita.
El angel de la guarda te concita
con el afán de cielo que lo guía.

No viene a mí, no viene a mí tu vía:
va hacia el amor de la región bendita.
Oh jalma! ¿cómo quieres que compita?
Es muy grosera la sustancia mía.

Como estás más allá de lo que puedo
a veces siento, de perderte, miedo,
y te amo más, posible fugitiva.

Pero si amarte acá no fué locura
déjame ser, si vuelves a la altura,
melancolía de tu llama viva.

(1930)

Carlos María Onetti

SONETO DE LA MUERTE

OH no, espera un poco, hermosa muerte.
Quiero vivir, tu cabellera oscura
roza mi piel intacta con dulzura,
mi cuerpo casi tuyo, siempre inerte.

Cruel ansia de vivir, sosténme fuerte,
me llama quedamente la espesura
de un follaje sin luz, oh, todo apura,
oh desasido amor, voy a perderte.

Giro en extraños círculos llorando,
abandono la tierra, despertando
ardientes coros, nubes delicadas.

Entreabriendo portales luminosos,
olvidando las cosas adoradas,
por espacios azules, misteriosos.

Ana María Chouhy Aguirre

Ana María Chouhy Aguirre

Su fallecimiento

Hondamente ha conmovido a los que aman las letras la temprana partida definitiva de Ana María Chouhy Aguirre, joven poetisa argentina que venía confirmando la seguridad de sus perfiles en una labor de llamativa personalidad.

Hemos conocido a Ana María: fragilísima y firme a la vez; la hemos oído hablar, rodeada de sus poblados anaqueles, con un fervor y una intuición notables, poco frecuentes en personas de su edad.

Dominaba el panorama y la significación de nuestra literatura con rara agudeza. A impulsos de su definida vocación y entusiasmo, vió la luz «VERDE MEMORIA», revista de poesía y crítica cuya dirección compartió con Juan Rodolfo Wilcock, otro distinguido valor de las letras más jóvenes de la Argentina. Sólo seis números aparecieron de «Verde Memoria», pero bastaron ellos para agitar un ambiente relajado por la proliferación de las revistas complacientes, verdaderas fortalezas de una crítica distraída y vacua; los comentarios bibliográficos que cerraban cada número de «Verde Memoria» eran certeros puntazos dirigidos al corazón mismo de la simulación o la premura en poesía.

Desde que recibimos el último número de la revista, poco supimos de Ana María. Ahora, la dolorosa noticia nos acongoja y enluta las esperanzas que habíamos confiado a su espíritu sutil y denodado.

En «La Nación» del 1º de febrero de 1942 apareció un tríptico de sonetos de Ana María, en uno de los cuales («Morir») ya cruzaba una sombra penosa:

«Quiero morir cuando la tarde inclina
su rostro hasta la tierra apasionada...»

En el mismo diario (edición del 3 de junio de este año) aparecen unos versos póstumos: «Soneto de la muerte», bellísima composición en la que se advierte una seguridad magnífica: Ana María iba ganando en poesía lo que perdía de vida.

Reproducimos su soneto póstumo para que de su valoración surja, espontáneamente, la idea de lo que hemos perdido.

Dr. FRANCISCO A. PERETTE
Dr. CARLOS H. PERETTE
ABOGADOS

San Martín 278 B. Tel. 13183

Dr. ENRIQUE A. REFFINO
ABOGADO

25 de Mayo 129 Teléf. 10832

Dr. RAMÓN C. FERREYRA
Dr. JORGE FERREYRA BERTOZZI
ABOGADOS

Rivadavia 68 Teléf. 10826



JORGE CALVETTI — *Fundación en el Cielo* — (Premio Iniciación 1943) — Bs. Aires, 1944.

Impresiona este libro, que mereciera el Premio Iniciación, instituido por la Comisión Nacional de Cultura para poetas inéditos menores de treinta años, por la seguridad y dominio que revela su autor, Jorge Calvetti, de la dinámica del verso, y por la simpática constancia de la tierra, afrontada con hondura y verdadera voluntad de penetración.

Acostumbrados como estamos a constatar cómo los poetas evitan el tratamiento de la realidad en una fuga que, tras el denuedo verbal, esconde una lamentable insuficiencia humana, alienta la verdad encontrarse con un poeta —joven, para mayor felicidad— que sale a la luz asumiendo una actitud digna, en el doble aspecto implicado en todo acto de auténtica creación.

Canta Calvetti a Jujuy, su tierra, desde su origen, y persigue el itinerario de aquélla marcando los hitos cordiales: el río, el hombre, el cementerio de la loma, el camino, la memoria de la madre, la muerte de un hermano...; así siente a su tierra, entranados el paisaje y su hombre, sus muertes, sus recuerdos. No cae, por cierto, en ese folklorismo al que se consideran obligados muchos poetas por el mero accidente de ser comprovincianos de la quena; ni el «color local» directo, baratura poética tentadora y frecuente que apoca el destino de muchas excelentes vocaciones.

Calvetti elude sabiamente todo lo que pueda resultar expresión de fácil regionalismo, porque, colocado en el plano de la estética, atento y vigilante de sus actos, añora su terruño, lo elogia, lo recrea, pero no rinde su verso a las seducciones anecdóticas ni al indigenismo retrospectivo y onomatopéyico, tan caro a multitud de poetas de aquellas comarcas.

Interesa comprobar, puesto que no es el primer caso, cómo una nueva conciencia poética replantea y resuelve dignamente la expresión del escritor de provincias, emancipándolo del fatalismo de la fidelidad al medio en que vive, fidelidad pecaminosa tratán-

Dr. CÉSAR BLAS PÉREZ COLMAN
Dr. BENITO M. PÉREZ COLMAN
ABOGADOS
Urquiza 629 Teléf. 10687

dose de un acto creador.

En algún poema del libro, dedicado por el autor a Carlos Mastronardi, creemos advertir que tal dedicatoria reconoce una gratitud a nuestro comprovinciano, porque el poema, extenso, en cuartetos alejandrinos, reitera la arquitectura y el tono general de «Luz de Provincia», magistral e insuperable página de nuestro poeta.

No condenamos a Calvetti por ello: hasta nos alegra suponerlo afiliado a la admiración de tal poema, del que podrá extraer no poca experiencia y, sobre todo, la certidumbre aleccionante de una ética y estética rigurosas, como fueron las que presidieron el alumbramiento de tan hermoso y fecundo poema.

Un campo dilatado y compensador se ofrece a las perspectivas de Jorge Calvetti, en cuyo elogio lo mejor que se nos ocurre decir es que el Premio Iniciación, dispensado a su libro, perdona muchas de las recompensas con que, año tras año, la Comisión Nacional de Cultura legaliza el fraude intelectual.

C. A. A.

JUAN ENRIQUE ACUÑA —
El Canto — Edición «Misiones»
— La Plata.

En edición de «Misiones» la simpática revista del Centro Universitario Misionero de la Plata aparece este conjunto de poemas bajo un título muy significativo.

Entre la producción de nuestros poetas jóvenes pocas veces se siente tanto como ahora la necesidad de destacar la calidad de un libro, de expresar nuestro alivio redentor de tanta «angustia» sin mayor fuerza de convencimiento poético, de tanta retórica visible y monótona y deudora...

En cuanto entramos en el clima de «El canto» percibimos una radiación, una claridad, a pesar de las penumbras y sombras que podían referirse a una sensibilidad que no es al presente estrictamente individual; una radiación, una claridad, a que no nos habían precisamente acostumbrado los jóvenes líricos, sobre todo los porteños. Una radiación, una claridad, cierta transparencia, advertibles por otro lado en otros poetas del litoral: Al-

Dr. LUIS CALDERÓN HERNÁNDEZ
ABOGADO
Monte Caseros 223 Teléf. 13200

Dr. BELISARIO NÚÑEZ MIHURA
ABOGADO
Urquiza 442 Teléf. 10789

Dr. AGUSTÍN FEDERICK BORGABELLO
ABOGADO
Uruguay 165 Teléf. 10345

varez, Sola González, Manauta, sin olvidar el tono de los dos últimos, del último especialmente. Es que se trata, creemos, de poetas con una experiencia sensible y humana distinta a la de los metropolitanos, o de poetas que no han roto los lazos sutiles y vivísimos que los unen a su paisaje, a las cosas y los hombres de su paisaje, al aire secreto de su paisaje. Dicha experiencia y dicha relación pueden ser la causa de la autenticidad compensadora, que, acaso con alguna parcialidad, reconocemos en ellos, o al menos de ese fino o fuerte perfume de tierra con que llegan a nosotros en medio de la pesada nube de abstracciones de sus compañeros de Buenos Aires.

En este libro de Juan Enrique Acuña notamos el ambiente mágico y terrible de su selva natal, vemos por momentos pasar el hombre que lo sufre, pero todo como en una entrevista que sigue los movimientos de un canto que nace en lo más íntimo del alma del poeta y de la selva. Un canto contenido y nobilísimo que sube y baja en ritmos parsados y nostálgicos, con acentos finales que nos traen un leve recuerdo de poemas conocidos. Una presencia o un fantasma amoroso parece regir dichos ritmos y nimbarlos de una luz celeste y entrañable a la vez. Y así ellos se sostienen en un equilibrio grave y delicado a un mismo tiempo en que el impulso ascensional, oscuro y torturado del paisaje se aligera y se ilumina con reflejos que vienen de arriba y de las más tiernas profundidades del hombre.

¿Será necesario aludir a la flexible dignidad con que todo ello está realizado, al tacto seguro del matiz y a la oportunidad de los acordes graciosos en cuanto la efusión lírica amenaza deslizarse hacia una melodía demasiado solemne? ¿Habrà que hablar de los toques precisos y finos aun cuando tal deslizamiento, por otra parte siempre breve y honorable, se produce?

Estamos ciertamente ante un canto que no significa ninguna evasión pero a través del cual los elementos telúricos y humanos alcanzan un justo, un justísimo nivel poético. Estamos en verdad ante una poesía «alta de tierra y de perfume» cuyo regalo ahora nos toca especialmente agradecer.

J. L. O.

MARCELINO ROMÁN — *Pájaros de Nuestra Tierra* — Editorial «Comarca» — Paraná, 1945.

Marcelino Román ha dado expresión rimada a su amor por la «calle y el cielo», por la «tierra y las gentes».

Podría definirse como una sensibilidad siempre atenta a las relaciones del hombre con el hombre, de hombre con las cosas, con la naturaleza, con el cosmos. De pocos, de muy pocos poetas nuestros podría decirse lo mismo.

Dr. ARTURO J. ETCHEVEHERE
Dr. JORGE W. FERREIRA
ABOGADOS
25 de Junio 266 Teléf. 11374

Con «Calle y Cielo» él introdujo en nuestra poesía «temas» nuevos o con una proyección sensible que no se había dado entre nosotros. Amanecía, dijimos, una «poesía» social sobria y fuerte, una «poesía» cordial y gentil, limpia y sana. En «Tierra y Gente» él quiso simplemente cantar como cualquier hombre del pueblo, pero cantar con intención.

Y aquí, en «Pájaros de nuestra tierra» su propósito parece haber sido el de dar un sencillo testimonio de su cariño por nuestra familia alada o acaso ser útil a los niños o a las personas mayores necesitadas de informarse con el mayor agrado posible acerca de los pájaros de esta región.

Pero al penetrar en el libro nosotros sentimos que la claridad y la inocencia del campo nos visita. ¿A causa de algunas imágenes felices o airozas? ¿A causa del ambiente apuntado o a veces sugerido? ¿A causa de nuestra imaginación o de nuestra memoria?

La verdad es que aquéllas son hermosas:

...Llamas que del cielo bajan lo quemaron hasta el cuello y una noche de relámpagos abierta cayó en su cuerpo.

(El Juan Soldado) y que lo que podríamos llamar «caracterización» logra de cuando en cuando trascender lo exterior:

...Apenitas tiene cuerpo; se le fué en trino y fervor. Alma que ya se desalma en purísima emoción por lo alegre y lo florido por lo lindo y lo mejor...

(La Tacarita) La verdad es que el ambiente que crea el canto del pájaro está a veces dado:

...La campaña por su canto circula suaves fragancias y suben profundos jugos de la soledad callada.

(El Cachilo) La visita, sin embargo, no dura mucho, a pesar de que hay además justeza y aun gracia en algunos «retratos», a pesar de que hay además finura en algunas observaciones gallardamente expresadas, por otro lado. Y es que Marcelino Román no ha querido brindarnos una equivalencia o una interpretación poética de nuestras aves manteniendo el nivel de los últimos versos citados que no son, desde luego, los únicos destacables: una equivalencia en el plano de la lírica de la libre gracia alada, lo que hubiera exigido entre otras cosas cierta variedad de medidas rítmicas; o una interpretación poética que hubiera signifi-

ficado más atención a las relaciones sutiles del pájaro con el paisaje o con los momentos del paisaje, más atención a eso inefable de las armoniosas criaturas que él, por otra parte, siente con particular hondura. Su objeto parece haber sido, como decíamos, muy modesto: el de una simple prueba de amor o el de un obsequio provechoso a los niños o a los mayores que han menester de algunos gustosos conocimientos ornitológicos, resultado de una delicada, de una viva, de una fervorosa experiencia.

J. L. O.

ALFONSO SOLA GONZÁLEZ

— Elegías de San Miguel —

Buenos Aires. 1944

Quién podría resistir al encanto de estas músicas otoñales? En verdad que no agregan mucho a las de «La casa muerta». Algunas de las sombras ilustres y muy queridas por el poeta como que le son tan afines, que planeaban sobre la «Casa», aún palpitan por encima de estas elegías, aunque más vagas y alejadas. Pero acaso la poesía está hecha siempre de agregaciones en el sentido de un «progreso» sensible en cualquier dirección? O no hay en su «epanouisement» momentos más o menos largos en que da una impresión estática o de insistencia en determinado clima o en determinadas imágenes, fuera de que un libro no todas las veces cierra un ciclo y puede ser una mera continuación del anterior o ser referido a una misma etapa del desarrollo del poeta? Se diría que entonces éste necesita afirmarse o probarse a sí mismo su autenticidad.

El caso es que estas melodías «funcionan» y aceptamos gustosos que ellas simplemente nos renueven, con casi iguales recursos, la emoción de las anteriores.

Hemos dicho melodías, y habría que decir mejor armonías, si se quiere tener en cuenta las distinciones académicas. Pero hay aquí una nota por otro lado más definida que en el libro anterior: el tiempo, precisemos, el pasado, cuyas pausas y modulaciones y timbres participarían de aquéllas, si bien con una gracia no lineal y una flexibilidad muy rica.

La poesía de Sola, nos parece, puede definirse en términos musicales, tanto ella está hecha de materias ingrávidas y nobles, tanto ella tiene tan poco que ver con lo que llamamos

«realidad» y tanto la calidad de su contenido sentimental es de la música.

Pero como poeta verdadero que es no puede dejar de reflejar nuestro paisaje, cierto clima psíquico de nuestra ciudad—y esto sin aludir a este último título— en aquellos matices y «frissons» que él más siente y que son justamente elegíacos a causa de una soledad y de una belleza que todavía el otoño hace más «reales»:

...Mira ahora, amor mío, la fuente rota y ese rey deshojado.

Y es así un finísimo poeta de la elegía imprecisa que flota sobre nuestros paseos; sobre todo, un fino, un finísimo poeta de nuestro otoño en lo que tiene de más celeste y de más íntimo:

...«Amor, amor, los últimos ángeles cantan en la luz de las ruinas y los muertos de mi corazón te llaman en el otoño.»

J. L. O.

JULIO GARET MAS — *Tempus Fugit* — Montevideo, 1945

Este libro de poesías de Julio Gareth Mas es un nuevo documento de su ingenua vocación literaria. No hay en ellas ni la profundidad que puede jerarquizar a muchas páginas, ni la simplicidad—controlada por el rigor— que hace factibles de perennidad a otros intentos.

Algunos títulos—no muchos, afortunadamente—: «Tiempo que te nos vas», «Al numen», «Lo sobrehumano», nos traen el temor de que el poeta intente dedicarse a ese tipo de actividad filosófante que hibrida muchas buenas intenciones, pero pronto se tranquiliza nuestra inquietud al comprobar que ellos no desarrollan ideas y sólo son pasajeros planteos que no van más allá de nebulosas y arquetípicas escaramuzas.

Garet Mas—lo transparenta este volumen— es hombre sencillo, gustador de una existencia tranquila y hogareña, a quien a veces le sucede lo que a todo el mundo: la fugacidad del tiempo (*Tempus Fugit*) le cruza por la mente la idea de la muerte y su perspectiva se ve privada de la diaphanidad corriente. Acude al verso como a un consuelo personal y el resultado es de prever. Versos que no logran sino lo que se han propuesto: intrascender.

En otras páginas, menos agobiadas por la responsabilidad de tamaños temas, el Sr. Gareth Mas, más en su

Dr. ALBERTO ARTABE
MÉDICO

Corrientes 132

Dr. ROBERTO N. ARIEL
BIOQUÍMICO

M. Caseros 120 Teléf. 11109

Dr. ALFREDO F. SATTler
Cirujano Dentista

9 de Julio 243 Teléf. 12737

ESCUELA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

Institución de Cultura Popular

INSTRUMENTOS: Piano, Violín, Violoncello y Guitarra.

CANTO: Lírico, Folklórico y de Cámara.

DANZAS CLÁSICAS

LECTURA y DECLAMACIÓN

TEATRO INFANTIL

ARTES PLÁSTICAS: Dibujo, Pintura, Grabado, Monocopia, Xilografía.

CURSOS NOCTURNOS
PARA OBREROS

Construcciones

Mecánica - Affiches - Tallado

Preparatorio Vocacional

Andrés Pazos 51 al 75 - Corrientes 34 (altos)

Teléfonos 13326 y 10039

medio, consigue acertar. Es cuando, despreocupado de aquellas turbideces metafísicas, se limita a anotar menudas anécdotas autobiográficas, no exentas de alguna gracia, pero desprovistas de la imprescindible preocupación lingüística que sobrevuela todos los intentos poéticos de consideración.

En una palabra: este libro, cuyo autor nos merece sincero aprecio personal, no creemos que aporte a su obra otro mérito que el de confirmar su afición al verso, de ya dilatada trayectoria.

C. A. A.

LUIS NIETO — *La Canción Herida* — Ed. "Brigadas Líricas" — San Rafael — (Mendoza) — 1944.

Este cuadernillo del poeta peruano Luis Nieto, que nos llega por envío de su editor, señala en el autor un temperamento poético irregular, capaz de aciertos y caídas igualmente notables.

Por una notícula biográfica preliminar nos enteramos de los méritos políticos de Luis Nieto y de su fecundidad literaria, puesto que «lleva publicados 5 libros de versos, tiene inéditos 11 y 4 más en preparación».

Dos decenas de libros son algo para un poeta de apenas treinta y cinco años de edad. Creemos sospechar en esa fecundidad la causa de sus altibajos, porque generalmente éstos escapan al control cuando el poeta es de vena fácil y considera concluido su poema en el instante mismo en que su espontaneidad se expresa.

Efectivamente, Luis Nieto impresiona por ese carácter repentista que se adivina en sus versos, modalidad que a veces hace manar, con ese aire de lo anímico intacto, imágenes felices como éstas:

«me está doliendo este llegar sin nada en la palabra», o (dame)
«toda la llaga que dejas en el aire cuando de tanto mirar mi retirada tus ojos me parecen
dos coronas de pobre polvo castigado».

No siempre esta felicidad expresiva se brinda a su destreza. Lo vemos otras veces incurrir en imágenes neutras: «La torre de tus miradas para la campana de mi frente avanzando en la noche», «la olvidada violeta de la pena», etc., cuando no en otras verdaderamente inexplicables e imperdonables en un poeta que, en general, impresiona favorablemente:

«aquí me tienes tarde, muy malamente tarde»; «con mi cigarro de pe-

sares sombríos»; «en el horno solitario de tu sangre»; «con las pajitas húmedas de tus miradas»; «el sonido sonoro de tu presencia»...

El tono general del libro es elegíaco y adopta un sentido de invocación filial. Tono y sentido son resueltos por el poeta con dignidad, a pesar de los sensibles tropiezos y debilidades anotadas.

Se advierte un voluntario desprecio de los valores musicales del verso, aunque un cierto ritmo —y hasta una rima asonante, espaciada e inconstante asoman tímidamente.

El cuadernillo, de modesta pero cuidada apariencia, es la quinta entrega de la colección «Brigadas Líricas» que en San Rafael (Mendoza) edita el escritor Rafael Mauleón Castillo.

C. A. A.

Martiniano LEGUIZAMÓN — *El Primer Poeta Criollo del Río de la Plata* — Segunda Edición — (Museo de E. Rics) — Paraná, — 1944.

Una obra de imprescindible utilidad es esta que el Instituto Martiniano Leguizamón, anexo al Museo de Entre Ríos, ha tenido la feliz decisión de reeditar, a muchos años de la primera edición, aparecida en 1917. Este estudio sobre la vida y la obra del poeta Bartolomé Hidalgo, que Leguizamón realizara con su reconocido amor a las muestras de la potencia artística nativa y su seriedad de investigador instintivo y agudo, se había convertido ya en un «libro raro», inhallable y, por consecuencia, casi olvidado.

Si se agrega a ello la exigua bibliografía de consulta referida al poeta (M. Falcao Espalter: «El poeta oriental Bartolomé Hidalgo», edición del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1918; las insulsas páginas que Ricardo Rojas le dedica en su Historia de la Literatura Argentina, y algún trabajo de Amaro Villanueva, quien dedica a Hidalgo un capítulo, presumiblemente certero, en un libro de próxima aparición) y si, para completar el cuadro, recordamos que las antologías que han reproducido

algo del poeta oriental, casi siempre han preferido los diálogos a los cielitos — ignoramos por qué razón —, nos explicaremos por ello el desconocimiento que envuelve a la obra de Hidalgo.

Su nombre inicia, con los cielitos nacidos al calor de la lucha por nuestra emancipación política, la más auténtica línea de nuestra poesía gauchesca, que en aquellas composiciones tiene insuperables modelos de gracia, espontaneidad y logro poético.

Gran parte de nuestra poesía gauchesca está viciada de énfasis y manufactura, defectos que no se advierten en Hidalgo, ni en Hernández, por ser ellos, sin duda, los que, animados de más vena y experiencia popular, supieron recoger en el estado naciente aquellos giros que ya en los labios del pueblo eran poesía. Ese tesoro lingüístico, y la nobleza de propósitos que animan las obras de ambos autores, hacen de ellas las más genuinas muestras de nuestra poesía popular; muchos intentos ha habido de seguirla produciendo, pero infructuosos; no es siguiendo a Hidalgo o a Hernández, o catalogando disciplinadamente giros, vocablos o dichos, cómo ello será conseguido. Nos parece más sensato y atento a la experiencia literaria abandonar la idolatría al pretérito y no desperdiciar la época que se vive, indudablemente distinta de aquella que engendró tales documentos eternos, pero no menos, cualitativamente, adecuada para estimular nuevos intentos.

El estudio de Martiniano Leguizamón cuya reedición motiva estas digresiones, incluye, como en su primera edición, todos los cielitos y diálogos brotados de la pluma de Hidalgo, y otros que se presume, con razones que aporta el autor del trabajo, hayan sido también del primer cantor rioplatense. Prolijas y oportunas anotaciones agregó Leguizamón a su estudio y a las poesías de Hidalgo, notas que reaparecen en esta edición, a la que se ha tratado de presentar con idéntica disposición tipográfica a la primitiva. El cuidado y dirección de la reedición ha estado a cargo del pro-



QUALÉGUAYCHU Y M. CASEROS - TELEFONOS 10659 Y 12013

Dr. BORIS GOS
ABOGADO

Méjico 75

Teléf. 10589

Dr. JORGE MONTOYA
ABOGADO

Rivadavia 315

Teléf. 12107

Dr. JOSÉ Ma. VALDÉS CORA
ABOGADO

A. Pazos 91

Teléf. 10713

esor Victor M. Badano, Director del Museo de Entre Ríos y del Instituto Martiniano Leguizamón, con sede en Paraná.

Publicación ésta digna del mayor aplauso, servirá para cubrir una necesidad largamente sentida por los estudiosos y los afectos a la mejor poesía popular.

C. A. A.

MANUEL BENAVENTE — Estampas Pueblerinas — San José (R. O. del Uruguay). 1944.

No creemos que exista entre los renombrados escritores del Uruguay de este último tiempo un autor de tanto aliento como Manuel Benavente. Su libro «Estampas Pueblerinas», que ha editado la Comisión Municipal de Cultura de Lavalleja y que rubrica de paso el proverbial amor de los hombres de la otra banda por todas las cuestiones fundamentales del pensamiento, es una verdadera joya literaria. No exageramos: una auténtica joya literaria.

Su prosa, suelta, fluida, sincera, toca —como su título bien lo traduce— temas de diversos aspectos locales, narrando especialmente, pero siempre con sencillez y amorosa ternura, hechos y cosas de la vida un tanto doliente del escritor, que se muestra a través de todas sus páginas como encendido por la luz de los años y los recuerdos.

En ningún momento, sin embargo, el libro que comentamos adquiere carácter autobiográfico, propiamente dicho. Como personaje obligado el autor interviene en las narraciones, sí, pero lo hace de manera casi objetiva, como substrayéndose, para acentuar precisamente rasgos, costumbres y tipos. La estampa titulada «Un Santo» —que encierra una dulzura extraordinaria— nos da una prueba formal de ello. Lo mismo ocurre con el capítulo «Tres Crónicas de Manacho» que, no obstante la acotación determinante del autor, constituye un ejemplo típico de lo que acabamos de informar.

En la prosa de Manuel Benavente, que es, además, un consagrado artista del verso, urge ponderar, entretanto, su expresivo don de síntesis, el mesurado lenguaje que utiliza y ese maravilloso poder de captación que parece ser la cualidad predominante del hombre que late, vivísimo, en el es-

píritu del escritor. Y por sí todo ésto no fuera suficiente para convencer, conviene adelantar que «Estampas Pueblerinas» es un libro que se hace doblemente valioso porque trata con muy preferente amor la existencia oscura y atormentada de los seres humildes. Nada, eso sí, de vida descarnada ni de rebeliones inútiles. La miseria en el libro de Benavente se llama simplemente miseria, y la protesta de los afligidos no cobra, en instante alguno, carácter del acostumbrado —y mentido— tipo revolucionario. Todo sucede como en la vida real, legítimo, verdadero. No hay exageraciones. No existen falsedades. Y esto es, precisamente, lo fundamental e importante en el dominio estético del escritor. Porque Manuel Benavente —lo repetimos— cuenta las cosas como son, refiere los hechos como suceden. Nada, no, de parábolas imaginarias ni de cursilerías sociales. A las claras, se ve que él es hombre y artista que conoce cabalmente la dimensión estelar de su doble oficio. Y para él, la vida es la vida y el arte es el arte. Tiempo era que alguien comenzara a diferenciar...

Porque es bello y noble y porque está bien escrito aplaudimos sin reservas el libro de Manuel Benavente. Y lo aplaudimos, además, porque como ya lo hemos dicho, sabemos que en la vida del autor —transcribiendo las palabras de Orestes Baroffio, su comentar biográfico «hay la voluntad, hay la firmeza, hay el empeño, hay ese castigarse con rigor de que habla Leonardo, que él hace de su vivir, en el afán constante de ir elevando su pensamiento»

J. E. S.

ENRIQUE MOULIÁ — El Gaucho Núñez — Editorial Heroica — Buenos Aires.

La portada es prometedora. La figura de un paisano —ilustración de Guide— y este título: «El gaucho Núñez», novela del campo entrerriano. Es la más reciente obra del escritor y periodista comprovinciano Enrique Mouliá, publicada hace algunos meses con el sello de la Editorial Heroica.

La novela es, indudablemente, uno de los géneros literarios que reúne las mayores preferencias del público lector. En ella cabe el juego de los conflictos más diversos; la exposición de todos los problemas humanos y sociales. En lo que respecta a nuestro país, se nota creciente interés por las neve-

las de ambiente rural, en el cual tienen desarrollo las máximas obras de la literatura argentina.

Se comienza a leer siempre con cierta expectativa un libro de esta índole. Estamos esperando las grandes novelas que caractericen nuestra realidad.

Esta novela de Mouliá muestra la sonsera del criollo que, por sendas de imprevisión e ignorancia unidas a otros males del país, desemboca en la miseria, se queda sin su tierra, mientras el gringo agricultor, que trae las experiencias de su país natal y un gran afán de trabajo, produce y prospera. Hasta que le llega también la mala racha y es desalojado igualmente de los campos que cultivaba. Está, asimismo, el criollo que se hace cuatrero porque no tiene afición al trabajo ni deseo de producir para otros. Y están la oligarquía, los malos gobiernos y la política de baja estofa. Y ciertos choques y malquerencias entre criollos y gringos. Hay ya un panorama no exento de interés. Pero la pintura deja qué desear. Sus trazos carecen de energía.

El planteo de la novela es sumamente simple. Lento su desarrollo. Mediocre su estilo. Hay abundancia de diálogos y se observa debilidad en la descripción del ambiente y del paisaje. Tampoco encontramos entre los personajes ninguno que se destaque por la reciedumbre de sus perfiles.

Lo más novelesco de esta novela es la forma en que presenta ese final optimista, en que todo el problema campesino se resuelve con una subdivisión y venta de tierras por parte de un gobierno salvador que produce general entusiasmo.

No es ésta, sin duda, una de aquellas novelas esperadas, que traigan a nuestra literatura algo de lo hecho en otras regiones americanas, donde el género novelesco cuenta con figuras representativas cuyos nombres puede evocar enseguida el lector informado. Pero, mientras no podamos saludar el advenimiento de valores notables al campo de nuestra novela, cabe celebrar la tendencia y las intenciones que se advierten en obras como «El gaucho Núñez». La influencia de estos aportes, que de ningún modo consideramos con espíritu despectivo; el interés sostenido hacia los aspectos más significativos de nuestra realidad, habrán de impulsar una corriente capaz de dar al fin los frutos maduros que apetecemos, tan necesarios para vigorizar nuestra literatura con expresiones hondas, fuertes y perdurables.

M. M. R.

Conservatorio Musical "BAVIO"

Directora: EMMA BORGABELLO de GARCILAZO

SALTA 25

Teléfono 10842

Casa DULFANO

**CICLISMO
y FÚTBOL**

GUALEGUAYCHÚ 34 al 40 — Teléf. 11009

Dr. EXEQUIEL SAS
MÉDICO

Urquiza 398

Teléf. 10481

Dr. JULIAN OBAID
MÉDICO

Guauguaychú 127

Teléf. 13787

Dr. ENRIQUE FERRANDO
Cirujano Dentista

Guauguaychú 120

Teléf. 13033

Las Ediciones SAUCE

DENTRO de los propósitos de SAUCE que pronto verán realización, está el de editar libros de poesía de autores de la región.

El primero que se dará a la estampa es "Provincianita con estrellas federales", volumen de poesías de Carlos María Onetti, el gran maestro y animador espiritual de Paraná, recordado en estos días. Esta edición se hará con el auspicio de dos entidades: el Centro Cultural "Carlos María Onetti" y el Circulo de Profesores Diplomados de Paraná, instituciones que de tal modo se asocian al homenaje que su memoria venía reclamando.

La rica personalidad de Onetti, si bien se prodigó preferentemente en la cátedra, desarrolló su acción en variados terrenos con autenticidad y brillantez excepcionales.

Por tal causa el volumen que anunciamos será una ocasión más para recordar al maestro desaparecido y reconsiderar su talento diverso.

Posteriormente aparecerán en las ediciones de SAUCE, sendos libros de Juan L. Ortiz, Reynaldo Ros, Amaro Villanueva y otros valiosos poetas de la provincia.

El solo anuncio, en el orden local, de esta iniciativa, ha despertado singularísimo interés, anticipo del éxito que espera y merece esta empresa.

La Editorial Colmegna

Casi a la par de este periódico, nace en la vecina Santa Fe una empresa de nobilísimos propósitos y vaticinable victoria: la Editorial Colmegna que, según su expresado programa, «desde el corazón mismo del Litoral se esforzará por dar a conocer las inquietudes de sus escritores y el panorama de su vida múltiple».

La Editorial Colmegna en su colección NUEVO MUNDO, que ha sido puesta al cuidado de un hombre del oficio: Luis Gudíño Kramer, escritor, crítico y periodista de labor responsable, se propone publicar libros de interés local y de valor universal. Hasta ahora ha adquirido los derechos de autor de las siguientes obras:

CRITICA Y PICO (Plana de Hernández), por Amaro Villanueva, escritor entrerriano, premio regional de la Comisión Nacional de Cultura, poeta y periodista de talento.

HOMBRES Y HECHOS DE SANTA FE, por José Carmelo Busaniche, estudioso historiador santafesino, escritor ameno, catedrático, biógrafo de Domingo Silva y Mariano Vera.

MANUEL LEIVA (Pregonero de la Constitución), por Federico Palma, escritor correntino, autor de la biografía del coronel Genaro Berón de Astrada y de otros ensayos de mérito.

CRONICAS DEL PASADO ENTRERRIANO, por Aníbal S. Vázquez

historiador y periodista, de gran prestigio en Entre Ríos; autor de la vida de los caudillos Ramírez y López Jordán y de muchos trabajos de importancia.

Al registrar esta noticia, es grato a SAUCE formular los más entusiastas votos por el éxito y la prosperidad cultural y financiera de la Editorial Colmegna.

"ARISTA"

Más de doscientas audiciones lleva irradiadas, por L. T. 1. Radio del Litoral (Rosario), la Revista de Divulgación Cultural «ARISTA», que tan acertadamente dirige Luis Fuster, delicado temperamento afecto a las nobles expresiones del arte.

Los escritores entrerrianos están agradecidos por la cordialidad con que sus actividades han sido reflejadas en la mencionada audición; continuamente son irradiados por ella trabajos y comentarios acerca de escritores y artistas de Entre Ríos. «Arista» puede ser escuchada los martes y viernes, por la citada onda, a las 23 y 15.

«SAUCE» se complace en formular la gratitud de los autores de la Provincia por la labor de la mencionada revista radial, y en aplaudir sin reservas el generoso e importante aporte que ella brinda a la cultura.

JUSTICIA

Al entrar en prensa "Sauce", nos llega la noticia del fallecimiento del gran poeta Paul Valéry. En nuestro próximo número, dedicaremos nuestro homenaje al ilustre símbolo de Occidente.

DESEAMOS destacar nuestro agradecimiento a Rafael Lanzillotta, notable acuarelista conciudadano, por haber ideado y dibujado el título y encabezamiento de nuestro periódico.

ASIMISMO, dejamos expresa constancia de que los avisantes de "Sauce", comerciantes y profesionales, merecen nuestra mayor gratitud, porque gracias a su comprensiva y generosa contribución ven la luz estas páginas.

OTRO tanto a los hermanos Giraudo y a los obreros de su modesto pero competente taller gráfico, donde se imprime SAUCE, cuyo material, en gran parte, ha sido compuesto a mano.

GERÓNIMO SANGUINETTI
Ingeniero Civil
Buenos Aires 195

MARCOS ROSEMBERG
Escribano Público Nacional
Perú 135 Teléf. 11211

Chabaneau
Caligrafía
Cervantes 8 Teléf. 12254

Sauce

Periódico Literario Bimestral

Director:

Carlos Alberto Alvarez

Dirección y Administración

Monte Caseros 211

Teléfono 10522

PARANÁ

Entre Ríos - Rca. Argentina

Precio del ejemplar \$ 0.30 m/n.

Suscripción: Un año \$ 1.50

"SAUCE" se imprime, a minerva, en los talleres de GIRAUDO Hnos. Uruguay 33, Tel. 11017, Paraná

CALORÍFEROS  C O C I N A S

NUEVOS MODELOS

Salón de Exposición y Ventas:

San Martín 293
U.T. 11514-10818

Casa MANUEL J. ALVAREZ